

Una conciencia al pie de la ciudad

Araceli Iravedra

La última vez que le oímos, el personaje que habita los versos de Luis García Montero se esforzaba en convencer al joven insolente que fue, y que le interpelaba desde la fotografía de sus veinte años, de la necesidad de encajar algunas tachaduras para asegurar la supervivencia elemental de los principios. Era a la altura de su cuarentena y se confesaba con «el corazón cansado de elegir / sombras de pie o luz arrodillada», conforme, pese a todo, con la dignidad del resultado. El balance de los cincuenta años invita a este mismo personaje, cada vez más extraordinariamente parecido a su artífice, a emitir un nuevo y –si hemos de creerle– definitivo mensaje de melancolía optimista, sintetizado en el diagnóstico que da título al último libro del poeta granadino: *Vista cansada*. «Ahora aprendo a vivir con la vista cansada», es la renovada confianza de un protagonista muy autobiográfico que, tras hacer cumplido recuento de su historia, nos dicta una lección de responsabilidad civil cuando la lucidez de tantos desengaños no le conduce a los refugios del cinismo, sino al empeño solidario de «estar aquí, / en una compartida soledad, / para ver lo que pasa / con nosotros».

Así, con esta declaración de propósitos que vale por toda una poética, Luis García Montero pone el punto final a un poemario que condensa y explicita en su poema-epílogo, «Vista cansada», las conclusiones de un viaje por la vida cuando pesa medio siglo a las espaldas. Resulta oportuno que el poeta dedique esta pieza clave a Francisco Ayala, el amigo y el intelectual centenario que ha visto sucederse las humillaciones de un siglo oponiendo una con-

Luis García Montero: *Vista cansada*, Madrid, Visor (Col. «Palabra de honor»), 2008.

ciencia alerta –libre, soberana, responsable– a la tentación de la anuencia o del silencio, haciendo frente al desencanto y a los trances peores de la historia personal y colectiva con una insobornable integridad moral. Pero éste es sólo uno de los muchos homenajes tributados en el libro, cuyo personaje protagonista, un profesor y poeta natural de Granada llamado Luis García Montero, se enfrenta a un sistemático ejercicio de memoria, hace balance de un tiempo y de su tiempo, y paga generosamente sus deudas con la literatura y con la vida. Este ejercicio de memoria nos devuelve a la mejor tradición de poesía de la experiencia, si de ella debemos esperar un modo de conocer donde el lance biográfico, con toda su precariedad, alcanza el valor de experiencia ética y se vuelve sustancia para reflexionar de modo distanciado sobre los sentimientos propios y los vericuetos de la conciencia. Para quienes aún no lo supieran, Luis García Montero sugiere esta voluntad en el arranque mismo del libro, sintomáticamente titulado «Preguntas»: «La memoria no es / un animal doméstico. / Prefiere cazar sola / y vivir las preguntas cruzadas de la noche». La memoria, o la poesía, significa para García Montero una obligación moral de conocimiento, una pregunta arrojada a la conciencia, que buscará su soledad y, sin cuentas con nadie ni con nada (mucho menos con supuestas verdades previas o con la disciplina de los dogmas), se dispondrá críticamente a repensar lo pensado y desaber lo sabido. Para quedarse ahí, en ese incómodo estadio de perplejidad que resulta a la vez el más fértil, el más incitante para el conocimiento. Asistiremos en estas páginas a la convencida defensa de la poesía como el escenario de la duda –esa «que siempre va conmigo / igual que una certeza»– y de la soledad, una soledad «compartida» o vinculada que guarda una nostalgia irresistible de las plazas públicas y sólo se imagina dialogando con los otros. Pero –ya nos lo dijo también en prosa– «para participar de las ilusiones colectivas, conviene aprender a quedarse solo».

Para este libro rigurosamente estructurado, la «lámpara» de la memoria procura poner orden en la «mesa revuelta» del tiempo y comienza, así pues, por el principio su inventario. El conjunto de poemas reunidos bajo el rótulo de «Infancia» ya ilustra, en el relato de esta edad, el hábito antiguo de un poeta que muy pronto aprendió a confundir su historia y la Historia. El lector habitual

de Luis García Montero sabe bien, en efecto, que la peripecia personal guarda siempre en sus palabras memoria de la vida colectiva. Fueron Juan Carlos Rodríguez y Machado-Mairena quienes le enseñaron que la intimidad no es una esencia caída de las nubes, sino una instancia atravesada por la Historia, y que la paradoja clásica entre lo privado y lo público resulta una división imaginaria interesadamente perpetuada por la ideología burguesa. Una vez más, la meditación autobiográfica ensayada en este libro nace con vocación de trascender el anecdotismo chato y eleva la experiencia personal a un nivel de significación que habla de la educación sentimental de una generación de españoles. Por eso, «1958» señala el año de nacimiento del autor y al tiempo que imagina —con ecos de Ángel González— el viaje milenario de su carne, repasa la historia colectiva desde el 1 remoto del milenio hasta el número 8 de una década triste de posguerra. Por eso también, la sombra alargada del franquismo en una Granada invernal y provinciana es la forzosa invitada de piedra en esta colección de evocaciones infantiles. Con todo, el muchacho tímido y con vocación de solitario que creció en aquellos «pobres otoños nacionales» y que aún habita en el poeta sólo puede regresar con gratitud a su «ciudad nativa», para la que dos veces roba la palabra de Machado —«conmigo vas»—, y pagar tributo entre tierno y riguroso (porque no se deja equivocar por la nostalgia) a los lugares, las vivencias y los seres que fueron por entonces escenario y asiento irremplazable: «No fueron el invierno / los Padres Escolapios, / aunque pasaba el frío por sus declaraciones / de amor a la verdad y a mis rodillas».

Pero el paisaje sosegado de los sentimientos infantiles se tiñe de rebeldía adolescente para asistir al balbuceo de los primeros versos del poeta, cuando Granada encierra para García Montero la voz y el mito de Federico fusilado y «se busca una ciudad / igual que una palabra». «La ciudad que no quiso ser palacio», que así se titula este nuevo núcleo de poemas, es un lugar pero sobre todo es un tiempo: el tiempo de la construcción de una identidad afirmada en compañía de los primeros amigos elegidos —«Yo sé quién soy / si levanto la copa y bebo con vosotros»—, el del descubrimiento deslumbrado de una cultura apasionadamente confundida con la vida —«La noche había pasado / no sé si con un

libro, / con una discusión o con un beso»-, el de las primeras empresas literarias conjuntas -«ciudad de los olvidos, la fábrica del Sur»-, el de la celebración fervorosa de la política y de una democracia apenas estrenada, aún orgullosa de sí misma como una palabra intacta. El tiempo, en fin, de la juventud inquieta e insolente -«insolente ciudad de la alegría recién inaugurada»-, que negociaba en el tiempo detenido del franquismo «la luz de los deseos imposibles» y pactaba «un desnudo igual que un manifiesto». No hay duda, hasta aquí, de que la «épica subjetiva» en que se condensó el programa de aspiraciones de la otra sentimentalidad conserva plena vigencia en los poemas de este libro, que inscribe la historia civil en la memoria privada de un yo tan reconocible como representativo.

Las discusiones cargadas de razón que ensordecieron el «tiempo de las profecías» conocen su sordina en los poemas que conforman el «Segundo tiempo» de este libro. Es el tiempo de la madurez, aquel en que García Montero ajusta cuentas con su propio pasado mientras va desgranando las convicciones del hoy, pasadas por el cedazo lúcido de un desengaño precoz y aquilataadas al contacto con un nuevo escenario histórico y vital. Tan elocuente como el título de esta sección cuarta es el título de su primer poema, «Segundas conclusiones», que conducen al sujeto a «cambiar de domicilio» tras el ejercicio necesario de «medir el tiempo de la realidad». Mirar la realidad sin el cristal nostálgico de los dogmas obliga, en efecto, a revisar el antiguo repertorio de certezas, y porque es otro el mundo, han de ser otros los sueños. El poeta se aleja de los himnos y banderas (que ya en otros libros habían dejado su vacío) por una vocación de responsabilidad con el presente: «también los sueños deben / poner los pies en tierra», y este personaje que una vez se definió como marxista y pensativo precisa desmarcarse de consignas trasnochadas para quedarse a solas con su conciencia reflexiva. La necesidad de la duda defendida por Luis García Montero como disposición poética y vital, afianzada en este segundo tiempo de deterioro de los sueños, se desarrolla y se matiza en un poema clave, «El profesor», cuya lección se diría dictada por el mismísimo Juan de Mairena: «Siempre recién llegado, / al dudar en los dogmas y afirmar en la nada, / el profesor procura, / más que decir verdades, no mentir,